



Editorial / Editorial / Editorial

Derribar el muro

Miguel A. García

El mundo está surcado por varios muros. La naturaleza de esos muros es dual: son tangibles porque se erigen sobre el suelo con cemento, hierro, alambre y cámaras, son intangibles porque germinan y se proyectan en el imaginario de las personas con prejuicios, amnesia y odio. El actual gobierno de los EE.UU. planea levantar uno más. En realidad, ese muro ya existe, ahora el propósito es hacerlo menos vulnerable; es decir, extenderlo con cemento y con una clase particular de odio, el racismo. Se trata de una invulnerabilidad de una sola cara: ningún “indeseable” podrá traspasarlo de sur a norte, aunque será permeable de norte a sur para las mercancías culturales, los químicos contaminantes, el turismo frívolo, la diplomacia espía, las sucursales extractivas del capital financiero y muchos otros males.

El muro que pretende humillar a todo sujeto que viva de México al sur, no está solo. Está acompañado por gobiernos neoliberales que cercenan derechos, aumentan la brecha entre pobres y ricos, vacían las arcas de los estados, mienten, engañan y censuran. Además, como quedó demostrado en el transcurso de la campaña electoral de los EE.UU. y en las declaraciones de los líderes nacionalistas de derecha reunidos a principios de este año en Coblenza (Alemania), los muros no solo se construyen con racismo sino también con discursos nacionalistas, islamofóbicos, antisemitas, misóginos, homofóbicos y belicistas. No es fácil comprender cómo estas diatribas logran seducir y reclutar a tantas personas. Sin embargo, hay que aceptar que en algunos casos lo hacen brindando respuestas fáciles a problemas complejos (“los inmigrantes ocupan nuestros puestos de trabajo”) y en otros mediante la institución de un ambiente en el cual las decisiones políticas y electorales sucumben a las emociones. Este ambiente de decisión, conocido en la última década como “post-verdad”, ha llevado a varios pueblos a encumbrar a sus propios verdugos.

Nada ni nadie será indemne de esta segmentación física y mental, a esta sobreclasificación perversa de los sujetos y sus culturas. Menos aún cuando “ceocracias” que se arrojan el poder de lo público replican en varios países una infinidad de muros. Desde el año 2016 presenciamos en la Argentina y Brasil el intento por levantar nuevos muros. Uno de ellos se propone, mediante infundadas descalificaciones, excluir las áreas en las que trabajan los colaboradores y lectores de esta revista: las ciencias sociales y las humanidades. Estas áreas sufren una doble exclusión: sobrellevan el recorte de financiación que el neoliberalismo impone a la investigación científica y tecnológica en general y son víctimas de un alegato falsamente racionalista que las acusa de



ser improductivas, deficitarias e inútiles. La descalificación de las ciencias sociales y las humanidades tiene un objetivo claro: aniquilar los discursos que acogen la diversidad, cuestionan el *statu quo* y derriban muros. Nuestras disciplinas son incompatibles con los muros. Pero cada día los muros son más altos, más extensos y más convincentes. Entonces, ¿qué hacemos contra ellos?

Una reacción rápida y contundente han tenido los miembros del *Board* y el *Council* de *The Society for Ethnomusicology* a través de dos comunicados, uno expresado después de haberse llevado a cabo su *61th Annual Meeting*, que comenzó el día siguiente a la realización de las elecciones presidenciales de los EE.UU.¹, y otro posterior firmado conjuntamente con miembros del *American Council of Learned Societies*². En el primer caso se expresa un rotundo rechazo a las expresiones xenófobas que tuvieron lugar durante la campaña electoral y en el segundo a la orden del poder ejecutivo norteamericano que limita el ingreso al país de ciudadanos de siete países con mayoría musulmana. También otras instituciones han hecho explícita su preocupación por los efectos nocivos que está teniendo la avanzada neoliberal en varios países, tales como la reducción de partidas presupuestarias para educación e investigación, la cancelación de planes culturales y sociales, y la restricción de puestos de trabajo para nuestras especialidades. Entre esas instituciones se hallan la *Associação Brasileira de Etnomusicologia* y a la Asociación Argentina de Musicología.

Sería ingenuo creer que dichas denuncias pueden frenar los embates de los poderes concentrados o los delirios imperiales y belicistas de un magnate cuyo poder fue legitimado gracias a una masa de votantes cautivada por una maquinaria propagandista que azuzó el miedo, convirtió en verdad la mentira y reactivó el chovinismo. No obstante, frente a esta imposibilidad, la peor opción es el silencio de las instituciones y de quienes las integramos. Como se constata en los artículos que integran este y otros números de *El oído pensante*, las investigaciones que efectuamos bajo los rótulos sanamente ambiguos de musicología y etnomusicología, tienen algo en común: la diversidad es tanto el punto de partida como el de llegada. Diversas son nuestras perspectivas, diversas son las prácticas y personas que observamos, diversos son los propósitos que nos mueven, diversos son los resultados que alcanzamos. El muro, como símbolo de la segregación, la inequidad, la enajenación y el racismo, es la antítesis de la diversidad y, por ende, de nuestra labor como investigadores y educadores. Todo discurso que lo cuestione, devele sus propósitos e identifique a quiénes beneficia y a quiénes lastima, será útil para minar su estructura. Es verdad que esa estructura es sólida, pero eso no impide que intentemos desestabilizarla, agrietarla, derribarla, pues, aún algunos creemos que todo lo sólido se desvanece (tarde o temprano) en el aire.

¹ <http://www.ethnomusicology.org/news/325267/Position-Statement-in-Response-to-the-2016-U.S.-Presidential-Election.htm> (Acceso: 01/02/2017).

² <http://www.ethnomusicology.org/news/328865/SEM-Board-Opposes-U.S.-Executive-Order-Banning-Immigrants.htm> (Acceso: 01/02/2017).